

Era un espectáculo cortado y entreverado, una macedonia dramática. Agréguese dos actos: *La Cita* (1733) y *La Pupila* (1734) y se tendrán los títulos de las principales comedias de Fagan.

Llenó cuatro volúmenes con sus obras dramáticas. Fué muy apreciado del público y se le reconocía gran conocimiento del teatro.

La Pupila y *Los Originales* son dos encantadoras obras maestras.

La Pupila es la historia de una joven que ama á su tutor y que se siente amada por él, pero que no sabe cómo decidir á su enamorado á explicarse. Echa mano de todas las estratagemas que puede inventar un alma sensible, aunque ingenua, para hacerse comprender. Á cada momento contiene, por pudor y por despecho, la declaración que se le sale á los labios. Toda la obra es exquisita. En aquellas escenas delicadas no hay nada ridículo, porque en los cuadros de este género, siempre parece que se divisa, en un rincón, un paño del manto de José enganchado en la silla de la Sra. Putifar.

En *Los Originales*, hay un padre que pretende inspirar á su hijo la repugnancia hacia ciertos vicios y defectos presentándole los tipos ridículos en que se hallan encarnados.

El desfile de *Los Originales*, produce el mejor efecto cómico y hay que leer aquellas escenas excelentes que deberían ser clásicas: la lección de baile del Sr. Petitpas, profesor que acaba de perder á su esposa, ó la lección de italiano del Sr. Bambini que enseña su lengua nacional y hace el comercio de macarrones. La mezcla hábil ó ingeniosa del rudimento y de las contingencias accesorias produce los efectos más divertidos.

Fagan no ha sido todavía citado en ninguna historia literaria¹. Es un olvido que hay que reparar.

De Mercier (1740-1814) uno de los inventores del drama² y autor del *Ensayo sobre el arte dramático*, no diré nada aquí, porque le corresponde un lugar más apropiado entre los historiadores de su época, por su célebre *Cuadro de París*.

Pasemos á Desforges (1746-1806).

Los novelistas del siglo XVIII no pudieron inventar nada más sorprendente que la vida de Desforges. Éste, hijo adulterino de una vendedora de loza, escribe á los nueve años dos tragedias (así lo asegura la leyenda), estudia la medicina, renuncia á ella para ser pintor, en el taller de Vien hace conocimiento con los jóvenes calaveras del gran mundo, se lanza algún tiempo á la disolución, pero vuelve en sí á los veinte años

1. El Sr. Alf. Royer, en su *Historia del teatro*, le consagra en junto, dos líneas. (N. del T.)

2. Mercier, llevó hasta sus últimos límites la doctrina de Diderot no sólo en la teoría sino en la práctica, en sus melodramas *Juan Hennuyer*, *El Desertor* (traducido por Olavide), etc. (N. del T.)

y se encuentra huérfano y sin un cuarto. Impulsado por la miseria, se hace copista de música, prueba varios oficios, padece hambre y piensa en el suicidio. Pasa una compañía de cómicos, se ajusta en ella, da la vuelta á Francia, compone de paso unas treinta comedias, se casa con la dama joven de la compañía, pasa á otra con su mujer, cruza la frontera y va á representar en Rusia en presencia de Catalina II; allí encuentra la fortuna y allí se la deja; vuelve á Francia, se divorcia y se vuelve á casar, y se hace poeta jacobino bajo el Terror. Se para al fin en su peregrinación y, considerándose suficientemente provisto de recuerdos, redacta en sus *Memorias* la increíble y licenciosa novela de sus aventuras.

En cada etapa de su excursión por Francia y Europa, Desforges había hecho representar alguna cosa, drama, improvisación, ópera ó tragedia. Bajo el Terror escribía piezas republicanas. En San Petersburgo trató asuntos rusos. En sus ratos perdidos, traducía la *Jerusalén libertada* del Taso, y componía interminables novelas como *Adelfina de Rostanges ó la madre que no fué esposa*. Desforges no escribía para la posteridad y ésta se ha cuidado muy poco de él. De todas sus obras dramáticas sólo le ha sobrevivido una comedia, llena de fuego y de animación: *El Sordo ó la posada llena*. En cuanto á sus novelas, aunque escritas con viveza, producen el mayor hastío, excepto la de sus *Memorias* que es la más inverosímil y la única verdadera de todas.

El Teatro Francés representó en 1783 un drama en cinco actos y en verso: *El Seductor*, que tuvo gran éxito, precisamente cuando fracasaban *Los Bramas* de La Harpe.

Hubo un autor, el marqués de Bièvre (1747-1789) tan aficionado á los retruécanos, equívocos, etc., que no perdía ocasión de decir uno. Era su principal ocupación. Fué el Tabarín aristocrático de su época, el Gui Gorju de los salones.

Hizo su estreno con una pirueta y en toda su vida no se bajó del trappecio. Convirtió la peluca Luis XVI en el tupé del clown, y el calzón de terciopelo en el bombacho del gracioso de circo.

Hasta hay una colección de sus extravagancias que se titula *Bievriana*. La Revolución obligó al marqués, antiguo mosquetero, á unirse á la multitud de los emigrados. Fué á las aguas de Spa en 1789 y allí murió conservando su jovialidad hasta el último instante.

Debía hacer encogerse de hombros á su contemporáneo Maillot, soldado, actor y autor, comisario bajo la Convención y perseguido bajo el imperio. Le cito aquí rápidamente, porque es autor del famoso vaudeville *la Nueva Advenediza* que debía ser más tarde *M^{me} Angot* y nos divierte aún. Con él, en la misma fecha, debe figurar también la famosa

1. Hay quien ha usado la forma *vodevil*! En una revista de Madrid un crítico prefiere la denominación: *sainetón*. (N. del T.)

Olimpia de Gouges¹, hija natural de Lefranc de Pompignan, esposa del fondista Aubry y autora de *Zamor y Mirza* (drama que cuenta el descubrimiento de América), del *Matrimonio Inesperado de Querubín*, (una sonrisa dirigida á Beaumarchais), de *Molière en casa de Ninon*, del *Príncipe Filósofo* (1791), candidata á la diputación, actriz en Bruselas, ardiente montalbanesa, intrépida, orgullosa, desconsiderada, que arañó á Robespierre y pagó este atrevimiento dejando su cabeza en el cadalso, al que subió con arrogancia diciendo.

— ¡Fatal deseo de la fama! ¡ He querido ser alguien!

Lo consiguió á medias; puesto que aún hoy día su nombre no está completamente olvidado. Nos acercamos á la Revolución. Á partir de Fabre d'Eglantine todos nuestros autores han nacido después de 1750, y todos han presenciado las escenas de 1793. El que acabo de nombrar es uno de los que también dejaron allí su cabeza.

Hay que contar entre los poetas y autores cómicos del período revolucionario á Fabre d'Eglantine (1755-1794). Este feroz convencional cuyo nombre se halla asociado al recuerdo de las matanzas de la guillotina, hacía versos y comedias cuando vino á sorprenderle la Revolución. Todo el mundo conoce su famoso calendario jacobino, del que fueron expulsados los santos y en que los meses, por un efecto de armonía imitativa, debían presentar un sonido alegre ó grave según el carácter de las estaciones. Como Belloy, se había hecho actor por vocación. Á fuerza de representar comedias, se le ocurrió la idea de escribirlas. Se propuso refundir *El Misántropo* de Molière y ponerlo al corriente de las nuevas ideas. Rousseau había denunciado en el *Emilio* el egoísmo de Filinto á quien Molière parecía asignar un hermoso papel; Fabre d'Eglantine escribió una *Continuación del Misántropo* en que triunfaba Alcestes, y Filinto se veía confundido. La idea de la pieza es ingeniosa y la acción bastante bien dirigida. Filinto, feliz, rico, y lleno de sí mismo, profesa abiertamente el egoísmo y el desprecio de las desdichas ajenas. Ahora bien, ocurre que un día llega Alcestes, su antiguo amigo, á pedirle un favor. Se trata de salvar á un hombre cuyo nombre debe quedar en secreto y al que amenaza un peligro urgente. Filinto se excusa con bastante sequedad y halla diversos pretextos para negar su auxilio. Alcestes insiste, pero en vano. Agotados los argumentos, se decidirá, pues, á revelar el nombre del desconocido, y tal vez Filinto consentirá en obrar. Este desconocido es Filinto en persona, cuyos negocios, sin que él lo sospeche, están en muy mal estado.

El egoísta, ante esta revelación, queda al principio estupefacto y se lamenta y se desespera. Pero Alcestes, siempre generoso en medio de su rudeza, y satisfecho al ver que la lección no ha sido perdida, le tiende

1. A. Royer no la cita en su *Historia del teatro*, ni los Sres. Gidel y Lolié en su *Diccionario*. (N. del T.)

la mano y se ofrece á sacarle del apuro. *Filinto ó la Continuación del Misántropo* tuvo gran éxito, á pesar de lo flojo del estilo y de lo fastidioso de algunas declamaciones.

Otra de sus obras, *el Aristócrata ó El Convaleciente de calidad* agradó por la actualidad y lo picante de la situación. Un anciano marqués convaleciente á quien una enfermedad había retenido varios años metido en el rincón de su hogar, cuando se consuma la Revolución, ignora todavía la caída del antiguo régimen, se entera de ello de pronto, y camina de asombro en asombro. Fabre d'Eglantine fué condenado y ejecutado con los dantonistas en 1794¹.

De sus piezas nada queda hoy día; sólo han sobrevivido algunos versos ligeros, entre ellos la canción viva y graciosa que es seguramente lo que más vale de toda su obra:

Il pleut, il pleut, bergère,
Presse tes blancs moutons².

Su nombre trae á la memoria á Collin d'Harleville, el encantador autor de esas comedias que se llaman *el Optimista*, *Castillos en el aire* y *el Solterón*, que son sanas, alentadoras, animosas y risueñas, y que se leen siempre con placer³.

« ¡Qué hombre tan encantador! » decían de Collin d'Harleville, y todo el mundo hacía coro. Rivarol refiere acerca de él una anécdota que pinta muy bien su carácter. Estaba Collin enfermo en su casa, y llegó á visitarle su amigo Baculard d'Arnauld á quien se apellidaba el « hombre de los escuditos ». Ahora bien, había sobre la chimenea una pila de estas monedas. Baculard, siempre falto de dinero y siempre sinvergüenza, los hizo desaparecer en su bolsillo, abrevió la visita y se fué. Collin, algunos segundos después, echó de ver el hurto. Corrió precipitadamente y alcanzó á su visitante en el muelle del puente de las Artes.

— ¿Eres tú, amigo mío, quien me ha cogido mis seis escudos? — Sí, querido amigo. — Es que precisamente tenía necesidad de ellos. — Y yo también, amigo mío.

— No gasto bromas, repuso Collin, tengo que pagar hoy mismo sesenta francos que van á venir á buscar dentro de un momento. — ¡Vamos! Collin, ¿Me crees capaz de dejarte en un apuro por sesenta francos? Tómalos, aquí los tienes. — ¡Ah! te lo agradezco en el alma. Verdaderamente no sé como hubiera salido del apuro.

1. Danton y Camilo Desmoulins, guillotinado el mismo día, se quejaron de que los ejecutasen en compañía de un ladrón. En efecto, Fabre d'Eglantine había sido condenado por sus antiguos amigos del tribunal revolucionario por haber recibido 100.000 francos para falsificar un decreto relativo á la Compañía de Indias. (N. del T.)

2. Ya está lloviendo, pastora,
Entra tus blancos corderos.

3. ¡ Collin d'Harleville (y no Collin como escriben autores españoles) fué muy popular en la literatura española gracias á las traducciones de sus obras. (N. del T.)

Después de esto, Collin volvió á su casa muy contento, y más tarde, cuando oía denigrar á Baculard, decía: « No, no, es un hombre excelente, que me sacó de un gran apuro ».

Collin d'Harleville era poeta, y he aquí cómo nació su vocación. Hallándose en su niñez en el colegio de Lisieux, se cayó de una mesa, con tan mala suerte que estuvo á punto de romperse la cabeza. Los médicos predijeron que moriría ó se quedaría loco. « No se equivocaban, añade, puesto que me he hecho poeta ». Quiso serlo á todo trance, á pesar de la oposición de una tía anciana que ponía el grito en el cielo y le hacía firmar contratos en debida forma para que renunciase á sus proyectos. Consintió en hacerse abogado « y en dormir á su auditorio ». Pero en sus ratos perdidos, componía sus primeras piezas: *El Inconstante* y *El Poeta de Provincias*. Cuando logró al fin ahorcar su toga, se vino á París, se metió á copista en casa de un librero, á razón de treinta sueldos por día y acabó por hacer representar sus obras. Molé decía con desprecio de su *Inconstante*: « Es el estilo de Regnard ». Molé, sin saberlo, hacía de Collin d'Harleville un muy brillante y merecido elogio. Sus piezas, como las de Regnard, revelan á un observador penetrante y un delicado escritor; sólo faltaba en ellas un poco de vida y de elemento cómico.

La última, *La Disputa de los dos hermanos*, que sólo se representó después de su muerte, fué objeto de una extraña aventura. Sintiéndose enfermo, y queriendo destruir algunos ensayos de que estaba descontento, Collin dijo á su ama de gobierno que vaciase sus cajones y quemase sus papeles viejos. Ésta, por ganar algunos sueldos, los vendió á un tendero y no los quemó. Y fué un cliente del tendero el que descubrió el manuscrito de *La Disputa* con el que habían hecho sacos para ciruelas. Dió mucho que reír la historia. La obra fué representada y obtuvo buen éxito.

Collin tuvo excelente amistad con Andrieux (1759-1833), que fué su corrector y Aristarco; pero como éste ha figurado ya entre los poetas, no volveremos á hablar de él y pasaremos á su contemporáneo Hoffmann (1760-1828). Sus tragedias, sus dramas y sus comedias, tuvieron un éxito muy efímero. Pero una de sus óperas *La Cita Burguesa*, nos divierte todavía. Hoffmann se distinguió también por su colaboración al *Journal des Débats*; sus artículos de literatura y de política revelan á un maestro ironista y un agradable escritor. Periodista durante la Revolución, bajo el Imperio y bajo Luis XVIII, supo conservar siempre intactas su independencia y su dignidad, lo que no era fácil.

Á la misma época pertenece *El Amigo de las Leyes* de Laya, que ya no se lee, pero que es célebre por la polémica y el verdadero motín á que dió lugar. Se estaba en plena Revolución. La Convención juzgaba á Luis XVI, cuando Laya hizo representar esta pieza que, á pesar de sus

protestas de jacobinismo, censuraba enérgicamente el regicidio. El éxito fué tal que, á la segunda representación, gran número de espectadores pasaron una noche y un día en la calle para tener sitio. En la sala, el tumulto era indescriptible. El drama de Laya contenía alusiones de que todo el mundo se creía objeto. Los jacobinos aplaudían los versos jacobinos, los moderados aclamaban estos otros:

Patriotes? eh! qui? ces poltrons intrépides
Du fond d'un cabinet prêchant les homicides!¹

No tardó en estallar un conflicto entre la Convención y la Comuna, pues la una quería autorizar la pieza y la otra prohibirla. En medio del proceso de Luis XVI, hubo que suspender varias veces los debates para ocuparse de Laya y de los teatros: « Debo confesar, ciudadanos, exclamó Danton, que me figuraba que había otros objetos más importantes que la comedia que debían ocuparnos... Se trata de la tragedia que debéis dar á las naciones. »

La pieza de Laya² no es ni buena ni mala; la intriga está bien conducida, pero el estilo es muy flojo. Los dos versos citados dan idea de los demás. Hoy día más que la obra, se recuerda el escándalo á que dió lugar.

La época revolucionaria es un período aparte adonde van á parar todas las minas y galerías abiertas durante siglos bajo los cimientos de la sociedad.

La literatura revolucionaria tiene sus caracteres: patriotismo, actualidad y ferocidad. En el teatro se representan *Las Sansculótidas*, dedicadas al pueblo soberano: *La Jornada del 10 de agosto*, *la Destrucción del aristocratismo*, *los Crímenes del feudalismo*; *el Clero al descubierto*; es decir el pasado condenado, esto es, vilipendiado y abolido; como su hermana gemela, la joven república de los Estados Unidos de América, la República Francesa rompe las trabas de la tradición, de la costumbre, de la rutina y boga á velas desplegadas hacia el porvenir. El pueblo rey es adulado, incensado, y se admira él mismo en los carteles de los teatros, alumbrados por quinqués, á cuyo resplandor pueden leer los títulos de las obras que las Musas le dedican: *Los Salitreros republicanos*, *El Esposo republicano*, *La Marcha de los Voluntarios*, *Agrícola Viala ó el joven héroe de la Durance*, *¡ Al más bravo la más hermosa!* Algunas personas de carácter apacible aspiran á la tranquilidad, y para ellas se escriben comedias que son como votos: *¡ Se respira!* ó también

1. ¿ Pueden ser patriotas los cobardes osados
Que á la matanza incitan en su cuarto encerrados?

2. Laya era descendiente de familia española. Los Sres. Gidel y Lolié hacen grandes elogios de él y de su *Amigo de las leyes*, que estuvo á punto de costarle la vida. (N. del T.)

¡Respiramos! La Ópera se llama el *Teatro de la República* y la Comedia Francesa, el *Teatro de la Nación*. Todos los actores, en todos sus papeles, incluso el de Fedra, llevan la escarapela tricolor. En los carteles se ven subtítulos llamativos: *Guillermo Tell ó los Sansculotés suizos*; el antiguo repertorio se refunde y expurga de toda palabra sospechosa: duque, barón, marqués, señor, señora. En Corneille, la Plaza Real, se convierte en Plaza de *las Picas*. En *El Gruñón*, el jugador de ajedrez no dice Jaque al rey, sino Jaque al tirano. En *Alexis* se reemplazan veinte y cuatro luises por una bolsa.

En *Cayo Graco*, de José Chénier, Cayo dice:

— ¡Leyes y no sangre!

El parterre (el patio):

— Sangre y no leyes!

En general la forma es floja, sin brillo, sólo se ven pálidas imitaciones clásicas y timideces de lenguaje que contrastan con el vigor salvaje de los sentimientos.

¿Qué es lo que entonces gustaba? El drama sembrado de horrores, ó bañado en llanto: *Fenelón*, *El Abate de l'Epée*, *El Carpintero de Livonia*, *El Perro de Montargis*, *Colás y la Noche de un proscrito*, ó piezas de carácter popular y estúpido con tipos de la época: *La Tía Angot*, *Nicodemus*, *El Sr. de Crac*, *Cadet Roussel* (por Aude) ¹.

De Raynouard, nacido el mismo año que Laya, no se conoce gran cosa, á no ser el brillante éxito de su tragedia, *los Templarios*, sus trabajos sobre lengua romance ², y su hermoso carácter.

Era originario del Var: fué largo tiempo abogado en Draguiñán. Elegido diputado para la Legislativa en 1791, vino á París y aquí permaneció para entregarse á su trabajos literarios. Escribió tragedias, muchas tragedias: *Los Estados de Blois*, *Débora*, *Carlos I*, *Juana de Arco en Orleans*, etc. No todas fueron representadas. En 1805 Bonaparte supo por casualidad que había en la Comedia Francesa una tragedia sobre *Los Templarios*. El asunto le interesaba, quiso leerla y llamó al autor, con el que habló largamente, haciéndole críticas y pidiéndole que hiciese algunos cambios.

¿Por qué, dice, no haber mostrado á esos monjes guerreros, valientes, pero ambiciosos, ricos, intrigantes, voluptuosos, como rivales de la monarquía, enemigos del trono y justamente sospechosos á Felipe el Hermoso que tenía derecho para castigarlos? — Sire, respondió el poeta, no hubiera tenido en mi favor, ni la autoridad de la historia ni la sanción del público, ó de otra

1. La mayor parte de éstas figuran traducidas en español en la lista formada por Moratin. Casi todas carecen de nombre de autor y de traductor. (N. del T.)

2. Acerca de este autor dice Menéndez Pelayo, en su libro tantas veces citado: « Renunciando á su falsa vocación dramática, había de immortalizarse como fundador de la gramática provenzal y del estudio científico de la poesía de los trovadores. » (N. del T.)

suerte, hubiera sido preciso que Vuestra Majestad me procurase un público de reyes.

Bonaparte le aconsejó que reemplazase la respuesta del gran maestro á la confesión de Marigny: « Lo sé », lo cual hizo Raynouard, y además añadió: « Cuidad de que Felipe el Hermoso, al amenazar á los Templarios, no hable de cadalso. Un príncipe puede servirse de la cosa, pero jamás debe pronunciar el nombre ».

Esa tragedia fué representada en 1805 con éxito. Hubo escenas que hicieron mucho efecto.

La fortuna de Raynouard data de este día. Llegó á ser secretario perpetuo de la Academia francesa, miembro de la Academia de Inscripciones, miembro del Cuerpo Legislativo y, si no reunió más honores, es porque los rechazó cuando se los ofrecieron. Era un hombre recto, íntegro y brusco:

Su aspecto rudo, su aire distraído y su lenguaje entrecortado, vivo y no dulcificado por el aspecto meridional, dice Pongerville, no prevenían en su favor; los movimientos de su persona revelaban una actividad incesante. Pequeño, robusto y petulante, no podía estar cinco minutos sentado ó de pie en el mismo sitio. Tal vez podría encontrarse, en esta movilidad nerviosa é intelectual, la causa de esas bruscas transiciones, de esas frases cortadas, que hacen perder al discurso el enlace progresivo que da vigor y encanto á los pensamientos. Tenía ocurrencias muy divertidas:

Cierta día, á propósito de un trabajo que no se atrevía é emprender, le decían:

— Lo harfais si quisierais; podéis hacer todo lo que queréis.

¡Ah! respondió, hay sin embargo una cosa que no he podido hacer nunca y es casarme. Tuve deseos de ello en cierta ocasión, pero al ir un día á casa de mi futura, entré por la cocina donde la criada acababa de dejar derramarse el leche que estaba en el fuego, y ella le estaba riñendo, pero con un tono que dije para mí: « Por esta vez no será ».

Y se fué.

Bonaparte pensó en él para la presidencia del Cuerpo Legislativo, y dijo á Fontanes ¿qué es vuestro colega Raynouard? Es, respondió éste, un hombre de bien, de mucho sentido, provenzal, brutal y original.

Bonaparte tenía necesidad de un hombre más flexible, y no nombró á Raynouard; pero esto honra al escritor. Rehusó los cargos que se le ofrecieron y que hubieran puesto cortapisas á su independencia, lo mismo cuando quisieron hacerle consejero de la Universidad, que cuando Carnot le propuso ser ministro de justicia. En 1826 mostró abiertamente su hostilidad á la ley de la Prensa y se hizo estimar por su franqueza y su decisión.

Había adquirido algunos bienes y habitaba en una casita en Passy, — en la calle que lleva su nombre —. Cuando su hermano se vió arruinado, Raynouard vendió todo lo que tenía para salvarle de la quiebra y de la miseria. Fué lo que se llama un hermoso carácter.

Sus trabajos de lingüística merecen nuestros homenajes y si han sido después sobrepujados y aparecen hoy atrasados, conviene, sin embargo, recordar que fué el gran promotor de los estudios del romance en que se anunciaba el retorno á la edad media y se preparaba el romanticismo¹. En sus *Investigaciones*, en la *Gramática de los Trovadores*, en sus numerosos trabajos sobre la literatura medioeval, en su *Léxico de la lengua romance*, que es hoy clásico, roturó un terreno nuevo y trazó el camino á los románticos para el conocimiento de nuestros antiguos poemas². Á los medioevistas, para la filología romance que nació con él. Al ver los hermosos trabajos que han seguido á su esfuerzo, se puede formar exacta idea de la importancia de su iniciativa.

Laya, de quien se ha tratado hace poco, tenía un émulo en el drama revolucionario: Bouilly. Fué un personaje muy diestro. Su primera pieza, *Pedro el Grande*, trataba bien á la monarquía; la segunda *J.-J. Rousseau*, que le siguió un año después, mostró ya un liberalismo enternecido. Durante el Terror, nuestro poeta, llamado á ejercer funciones públicas en su ciudad de Tours, se distinguió por algunas ejecuciones al estilo de Carrier; además organizó las escuelas primarias.

Más tarde abandonó Bouilly el drama y la ópera, para escribir cosas sentimentales: *los Cuentos á los niños de Francia*, *los Cuentos á mi hija*, *los Coloquios de un anciano*, que le valieron el nombre de poeta lacrimoso. Decía de sí con enternecimiento: « Cuando me haya dormido con el último sueño, más de una doncella vendrá á dejar caer sobre mi tumba una flor de su corona virginal, diciendo: Fué nuestro fiel amigo. »

Su obra maestra es la comedia: *El Abate de l'Epée*. Agréguese *Berquin ó el Amigo de los niños* y si se quiere, *Frasquita la tocadora de Viela*. Su teatro es instructivo; puso la historia en escena, *Inés Sorel*, *la Sra. de Sévigné*, *Florian*, *Piron*, *Valentina de Milán*, *Descartes*, *Turana*, *Chénier*, etc. Fué querido, estimado y tuvo una hermosa vejez. Los niños la asocian á Berquin en su agradecido recuerdo.

No se lo conceden seguramente en tanto grado á Jouy, que compuso *Guillermo Tell* y *la Vestal*. Sólo los nombres de Rossini y Spontini han sobrevivido con estas obras. Jouy escribió una tragedia

1. Á una tarea igualmente meritoria y análoga se consagraba por entonces el insigne gramático y poeta americano D. Andrés Bello, con sus trabajos sobre el poema del Cid, que son una verdadera adivinación. (N. del T.)

2. En esta labor tan meritoria se le había anticipado en España el Sr. Sánchez, con la publicación de los poetas anteriores al siglo xv. (N. del T.)

Tipo Sahib, en la que él había sido en parte el héroe. Á los veinte años este joven aventurero, después de haber servido en la Guayana, había pasado á las Indias, conquistado el favor de Tipo Sahib é incurrido después en su cólera á consecuencia de una intriga amorosa bastante romántica. Se escapó con gran trabajo en una barca que naufragó varias veces antes de llegar á Francia, donde le esperaban otras aventuras. El éxito de *Tipo Sahib* fué tan brillante como efímero. Pero la obra capital de Jouy es la serie de *Los Ermitaños*. En 1812, escribió, firmando *El Ermitaño de la Chaussée d'Antin*¹, una especie de correo entretenido, un ligero bosquejo de costumbres parisienses, satírico sin acritud y lleno de ingenio. Bajo la Restauración, continuó con *El Ermitaño en provincias* y *Los Ermitaños en libertad* en los que hay menos alegría y más política.

Al tratar de política, hay que abrir paso á María José Chénier, el hermano de Andrés. Fué el poeta lírico y dramático de la Revolución. Como decía Desmoulins, le colgó á Melpómene la escarapela tricolor; obra suya es *le Chant du Départ*, esa segunda Marsellesa. Durante largo tiempo pudo creerse que de los dos Chéniers era él el grande; pero su éxito era de actualidad y pasó con ella. Sus tragedias, que hicieron delirar á París, *Carlos IX*, *Enrique VIII*, *Graco* y *Calas* estaban llenas de arengas contra los exnobles y en pro de la libertad. Cuando se acabaron los exnobles, cayeron por sí mismas las tragedias. Por lo demás, los contemporáneos de Chénier y hasta sus amigos no le tenían gran afecto. Todos nos le presentan violento, quisquilloso, dotado de espíritu estrecho, y de un inmenso orgullo « que, como dice la Sra. Suard, le impedía perfeccionarse ». Se perfeccionó, no obstante, y tuvo hacia el fin de su vida como un despertar de su talento; las mordaces sátiras que entonces dirigió á Chateaubriand son excelentes libelos, y á esta época pertenece también la famosa *Epístola sobre la calumnia*.

Morellet preguntaba á Chénier si no había traído de Oriente las costumbres de los bajaes sanguinarios, dando á entender con palabras encubiertas que había tenido alguna parte en la muerte de su hermano. Andrés Chénier respondió con dicha *Epístola* que es su obra maestra y que termina del modo siguiente:

Hélas! pour arracher la victime aux supplices

De mes pleurs chaque jour fatiguant vos complices

J'ai courbé devant eux mon front humilié;

Mais ils vous ressemblaient, ils étaient sans pitié².

1. En *El Ermitaño de la Chaussée d'Antin* se inspiraron Larra, para escribir sus inmortales artículos de costumbres, y Mesonero Romanos en sus *Escenas Matritenses*. Véase acerca de esto mi libro: *El Arte de escribir*, 3ª edición, 1909. (N. del T.)

2.
Mí llanto á vuestros cómplices diariamente asediaba
Para arrancar la víctima al suplicio fatal;
Mas; ay! inútilmente mi frente se humillaba,
Su alma despiadada era á la vuestra igual.